

objeto para ser verdaderamente santa: el incienso, las flores, los vasos de oro y de plata, las lámparas, las coronas, las luces, el lino, la seda, los cantos, las procesiones, las épocas de ciertas fiestas, pasaron de las aras vencidas al altar triunfante. El Paganismo intentó robar al Cristianismo sus dogmas y su moral; el Cristianismo arrebató al Paganismo sus ornamentos: el primero era incapaz de conservar lo que había robado, y el segundo santificaba lo que había tomado.

La apostasia del primo de Constancio, que al pronto se ocultó cuidadosamente á la muchedumbre, llegó á noticia de un reducido número de filósofos y sacerdotes que aguardaban la rehabilitación de los días antiguos, cual hombres que, extraños al mundo en que viven, sueñan entre nosotros la vuelta imposible de lo pasado. Sin embargo, no pudo guardarse tanto el secreto de la mudanza de Juliano, que no traspasase en parte fuera del palacio. Aun en el día se conserva una carta de Galo del año de 351 ó 352, en la que el César menciona las noticias que corrían en Antioquía. «Suponian escribía á Juliano que se hallaba entonces en Jónia, que habíais abandonado la religión de nuestros antepasados y abrazado el helenismo; mas no he tardado en desengañarse. Decio me ha dicho que estáis por el contrario lleno de celo construyendo oratorios, y que os agradaba estar en las tumbas de los mártires.» Galo llama al Cristianismo la religión de sus antepasados, y San Gregorio de Nazianceno le da el nombre de religión antigua. ¡Cuán mudado estaba el mundo romano! ¡Cuán rápida había sido la conquista del Evangelio!

Pero si el Cristianismo había hecho tantos progresos exteriores, no era menos admirable el desarrollo de su poder interior. Ya podía reconocerse su carácter universal, no solamente en el sentido de su difusión por los pueblos, sino también el de su armonía con las diferentes facultades del hombre: Ved al Cristianismo explicando en el mas hermoso lenguaje las ideas mas sublimes, no obstante que lo predicaron entendimientos obtusos artesanos groseros sin educación y sin letras. ¿Cómo había podido producir Pedro el pescador á Gregorio el poeta, á Basilio el filósofo y á Juan boca de oro, el orador? Porque Jesús el Cristo estaba detrás de Pedro el apóstol, y el Verbo increado contenía la virtud de la palabra humana: Hijo de Dios, manantial de todas las luces y de todos los bienes, distribuía á sus servidores en proporción de las necesidades sucesivas de la sociedad, dando oportunamente la sencillez ó la elocuencia, la fuerza de las costumbres ó la claridad del entendimiento. De esa cruz tan tosca, de ese leño que no ofreció por el pronto á la adoración del Universo sino un patíbulo y un sentenciado, fluyeron gradualmente las perfecciones de la esencia divina.

Juliano, emcumbrado al imperio, publicó un edicto de tolerancia universal. Los obispos y los sacerdotes, á cualquiera comunión que perteneciesen, ora fuesen Arrianos, Donatistas, Novacianos, Ennomianos Macedonios ó Católicos, fueron igualmente protegidos por el que los miraba á todos con menosprecio, y esperaba debilitarlos dividiéndolos. No obstante, hace observar él mismo, que llamó á los obispos desterrados, á sus hogares y no á sus sedes: reunía á los gefes de las sectas, y cuando se encolerizaban les gritaba: «¡Escuchadme! que los Francos y los Alemanes me han prestado atención (47).» En sus cartas recomendando la moderación para con los cristianos, y solo haciendo gestos conserva la imparcialidad filosófica: su odio se trasluce al través de una afectada tolerancia, y le arranca palabras sangrientas.

Juliano exseptuó de su amnistía á Atanasio por una preferencia merecida. «Sería peligroso, dice el apóstata en su carta á los habitantes de Alejandría, dejar á la cabeza del pueblo un intrigante; no un hombre, sino un aborto sin valor, que se tiene en tanto mas

precio cuanto mayores son los peligros que acumula sobre su cabeza» (48). Y en una carta á Ecdicio, prefecto de Egipto, añade Juliano; «Los dioses son menospreciados: expulsad al malvado atanasio; ha osado en mi reinado conferir el bautismo á unas mujeres griegas de ilustre cuna (49).

Eunapo no nos deja duda alguna sobre la sinceridad religiosa de Juliano; basta por lo demas leer los fragmentos que nos quedan de las obras de este emperador tan original en clase de hombre como extraordinario en clase de príncipe, para convencernos de que era pagano de buena fe. Había adquirido en las iniciaciones y en las sociedades secretas tal grado de entusiasmo que llegaba al extremo de interpretar los sueños y creer en las apariciones.

A la salida y á la puesta del sol inmolaba una víctima á Apolo; su divinidad favorita; creía en la Trinidad de los Platonicos, y el sol era á sus ojos el Logos, el Hijo del Padre soberano, el Verbo ardiente que trasmite la vida al universo. Por la noche honraba Juliano á la luna y á las estrellas, con las que se unen las almas de los héroes. En las grandes solemnidades complaciase en representar el papel de sacrificador y de arúspice.

«No deja de ser un hermoso espectáculo, ver al emperador de los Romanos hendir la leña, degollar las víctimas, consultar sus entrañas, soplar el fuego de los altares en presencia de algunas viejas, con los carrillos hinchados, provocando la risa de los mismos cuyos elogios deseaba excitar!» En las fiestas de Venus, marchaba entre dos tropas de gentes prostituidas de uno y otro sexo, afectando gravedad en medio de las carcajadas de la disolución, levantando los hombros, llevando delante su puntiaguda barba, y alarmando sus menudos pasos para imitar la marcha de un gigante. San Crisóstomo (50) duda que la posteridad quiera dar crédito á su narración, y conjura para que atestigüen la verdad de sus palabras á los ancianos que le escuchaban, y que podían haber sido testigos de tanta indignidad.

El emperador hacía todas estas cosas en clase de soberano pontífice, dignidad que entre los Romanos iba unida á la soberanía política. Debaba exhausto el erario con los gastos de un culto que no era posible restablecer: ofrecía en olocausto aves raras y algunas veces veíanse acumulados junto al ara de un solo altar cien toros en un mismo día. Los pueblos decían que si volvía vencedor de los Persas destruiría la raza de los toros. Parecíase en esto, según la observación de Ammiano-Marcelino, al César Marco, á quien los toros blancos habían escrito este billete: «Los toros blancos al César marco, salud: Hemos concluido si triunfais» (51).

Juliano prodigaba magníficos presentes á los santuarios célebres, de Dona, Defos y Delos; y cuando llegó á Antioquía, su primer cuidado fue ofrecer sacrificios en la cima del monte Caspio. Supo con santo regocijo que el gobernador de Egipto había encontrado el buey Apis: mando limpiar en Dafne la fuente Castalia; pero al visitar aquel sitio tan célebre por su belleza, tuvo un gran motivo de dolor, porque el bosque de laureles y de cipreses se había convertido en un cementerio cristiano, donde Galo había depositado el cuerpo de San Babilas. «Figurábame de antemano, dijo Juliano, una pompa magnífica: no imaginaba sino víctimas, libaciones, perfumes y coros de hermosos niños, cuya alma fuese tan pura como blanco su vestido. Entro en el templo y no encuentro incienso, tortas, ni víctimas.... Me dirijo al sacerdote y le pregunto qué sacrificará la ciudad á los dioses en aquella fiesta solemne.—Aquí hay un ganso que he traído de mi casa, me responde» (52).

Reparáronse los templos destruidos por el tiempo (por los cristianos: Juliano fue el Lutero pagano de su siglo que emprendió la reforma de la idolatría, to-

mando por modelo la disciplina de los cristianos. Llenándole de admiración la fraternidad evangélica, deseaba que los paganos se uniesen así desde el uno al otro extremo de la tierra; quería que los sacerdotes del helenismo tuviesen la virtud de los sacerdotes de la cruz; que fuesen como estos, irreprochables, y que á imitación suya predicasen la piedad, caridad y la hospitalidad. Ordenó preces graves y regulares en horas fijas, cantadas por dos coros en los templos, y finalmente proponíase fundar monasterios de hombres y de mujeres, y hospitales.

«¿No debemos avergonzarnos acaso de que los Galileos, esos impíos, después de haber alimentado á sus pobres, alimenten también á los nuestros á quienes dejamos en completa miseria? (53).» San Gregorio Nazianceno observa que aquellos imitadores de los cristianos no podían apoyarse en el ejemplo de sus dioses, y que había contradicción entre su moral y su fe.

El mismo celo que manifestaba Juliano por el paganismo, tenía por la filosofía, y amaba á un retórico con la misma ternura que á un augur. Cuando se verificó su rompimiento con Constancio, habíase lisonjeado de que Máximo correría á las Galias. Regresaba de su última expedición al otro lado del Rhin, y en todas partes preguntaba al pasar si había llegado algún filósofo: descubrió de lejos á un cinico, y tomándole por Máximo se dejó llevar de la alegría; mas era otro filósofo amigo de Juliano (54). ¿No parece que se está viendo á un emperador humillando su púrpura ante un anacoreta, ó un caballero cruzado besando la manga de Pedro el ermitaño?

Pero Juliano no fue mas afortunado con los filósofos que con los sacerdotes, porque se corrompieron en su corte. Máximo y algunos otros sofistas adquirieron fortunas escandalosas, y desmintieron con sus costumbres la rigidez de sus doctrinas: Crisanto, Libanio y Aristómenes fueron los únicos que se conservaron en una reserva laudable. Juliano había tenido á San Basilio por condiscípulo en Atenas, y procuró atraerle á su lado; mas el filósofo cristiano desechó desde su soledad la amistad del filósofo pagano en el trono.

«Luego, dice San Crisóstomo (toscamente traducido por Tillemont), luego que Juliano publicó su edicto restableciendo la idolatría, vióse correr de todas las partes del mundo á los magos, á los encantadores, á los adivinos, á los augures y á cuantos traficaban con la impostura y la ilusión; de suerte que el palacio entero estaba lleno de gentes sin honor y de vagamundos. Los que hacía tanto tiempo se veían reducidos á la última miseria; los que por sus hechicerías y maleficios se habían consumido en las cárceles y en las minas; los que arrastraban á duras penas una vida miserable en los empleos mas humildes y vergonzosos, todos estos, encumbrados á sacerdotes y á pontífices, hallábanse en un instante colmados de honores. El emperador no haciendo caso de los generales ni de los magistrados, y no dignándose siquiera hablarles, llevaba consigo por la ciudad á los jóvenes perdidos en los desórdenes, y á las cortesanas que acababan de salir de los lugares infames de su prostitución. El caballo del emperador y sus guardias le seguían á larga distancia, mientras que esta tropa infame rodeaba su persona y se presentaba en la primera fila de honor, en medio de las plazas públicas, diciendo y haciendo cuanto puede esperarse de gente de su ralea.»

La apostasia condujo á Juliano al fanatismo, y de este á la persecución; porque cuando el hombre ha cometido una falta que supone irreparable, el orgullo le hace buscar un abrigo en la falta misma. Juliano intentó dos cosas difíciles; enardecer el celo de los filósofos hácia un culto que había perdido su prestigio, y provocar las apostasias entre los cristianos. Estimulador de la avaricia y de la debilidad, ofrecía

oro y honor á la apostasia, pero se estrelló contra la fe fervorosa y contra la fe tibia. El mismo se queja de no encontrar á casi ninguna persona dispuesta á ofrecer sacrificios; confiesa que el discurso helénico que dirigió al Senado cristiano de Berea, elogiado en la forma, no obtuvo suceso alguno en el fondo, y reconviene á los habitantes de Alejandría por haber abandonado á los dioses de Alejandro por un Verbo que ni ellos ni sus padres habían visto nunca (55). Crisanto usó de moderación con los cristianos, adivinando que su culto no tardaría en triunfar. El mundo antiguo y el moderno rechazaron á Juliano; el primero en su decrepitud, hubiera procurado en vano enderezarse como un joven; el segundo adolescente vigoroso, no pudo encorvarse como un viejo.

La misión del César apóstol con los soldados tuvo la suerte que debía esperar en los campamentos: ordenó á los oficiales que dejasen la fe ó la espada, y Valentiniano abandonó la postrera, que le dejó la libre diestra para tomar la corona. En cuanto á las legiones, las de Occidente, compuestas de Galos y de Germanos, acomodáronse perfectamente con el vino, las hecatombes y los bueyes gordos (56); dejóse á las legiones de Oriente el lábaro, pero después de borrar el monograma en Cristo, y ocultóse la idolatría entre una confusión cobarde y hábilmente dispuesta de los emblemas de la guerra y de la dignidad real.

El emperador resolvió reconstruir el templo de Jerusalén, con el objeto de dejar burlada una profecía en que se apoyaban los cristianos; pero saliendo del seno de la tierra globos de fuego, dispersaron á los obreros. Abandonóse la empresa (57), que era poco digna de un espíritu filosófico. Último testigo del cumplimiento de la palabra del Señor, he visto á Jerusalén: *Non relinquatur lapis super lapidem.*

Finalmente. Juliano prohibió á los fieles enseñar la literatura: por los niños principalmente penetraba el Evangelio en el corazón de los padres. «Dejad que se acerquen á mí los párvulos!»—«O no expliqueis, decía el emperador en su edicto, á los escritores profanos si condenais su doctrina; ó si los explicais, aprobad sus sentimientos. Creéis que Homero, Hesiodo y sus iguales profesan el error: explicad, pues, á Mateo y á Lucas en las iglesias de los galileos (58).»

Los maestros cristianos privados de las cátedras de elocuencia y de la literatura, recurrieron á un medio ingenioso para probar que no eran unos zafios, que se viesen obligados á permanecer en la barbarie de su origen como decía Juliano. Compusieron (y continuó la costumbre) sobre temas de moral y teología, y sobre asuntos sacados de la Historia Santa, himnos, idilios, elegías, odas, tragedias y aun comedias. Nos han quedado muchos de aquellos poemas, que abren nuevas sendas al talento, aplican el arte de versificar á las asperidades de la alta metafísica, y acomodan la lengua de las Musas á las formas de las ideas, del mismo modo que se había plegado en todos tiempos á las de las imágenes (59).

Este golpe fue sin embargo muy duro para los cristianos; los grandes ingenios que combatían entonces por la fe, hubieran preferido sufrir una persecución sangrienta: no pueden guardar silencio, hablan sin cesar de esta iniquidad, y como el siglo en medio de los bárbaros armados era filosófico y literario, ni aun los mismos paganos aplaudieron la orden de Juliano; y Ammiano la trató de injusta (60).

Las controversias religiosas ó políticas principian generalmente por los escritos y terminan por las armas; no sucedió así durante la revolución que ofreció el primero y único ejemplo de una variación completa en la religión nacional de un gran pueblo civilizado. Asesinaron desde luego á los cristianos en diez batallas ordenadas, las diez persecuciones generales, y los cristianos entregaron su cabeza sin procurar defenderse por la fuerza; pero reconocieron desde el principio

la necesidad de escribir para demostrar su inocencia y asegurar su fe. Al Cristianismo se debe la libertad del pensamiento escrito, que tan cara costó á los que la conquistaron, pues desdeñáronse primero los hombres de responder á ella de otro modo que con los garfios de hierro y las garras de los leones. Cuando el Evangelio hubo ganado las voluntades de la muchedumbre, el politeísmo, obligado á renunciar á la guerra de la espalda, aceptó la de la pluma, y la idolatría se refugió en los dos extremos opuestos de la sociedad, en los ignorantes y los literatos. Los filósofos, los retóricos, los poetas y los gramáticos sostuvieron vigorosamente el paganismo con los hombres rústicos: los primeros por el orgullo de la ciencia, y los segundos por la privación de todo saber. Desde el siglo III de la era cristiana hasta la abolición completa de la idolatría, no puede abrirse un libro de filosofía, de religión, de ciencias, de historia, de elocuencia ó poesía, sin hallar en él el combate de ambas religiones. En el reinado de Juliano encontramos á Libanio, Edesio, Prisco, Máximo y Sopatro, oradores y sofistas; Andrónico y Delfidas, poetas; Ammiano-Marcelino y Aurelio-Victor, historiadores; Mamertino, panegirista; Orígenes, médico; y al mismo Juliano, orador, poeta é historiador; combatiendo todos contra Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, el de Niza y el Nazianceno, Diodoro de Tarsis, oradores, filósofos, poetas é historiadores; Cesario, médico y hermano de Gregorio el Nazianceno, y Proheresio, retórico, que prefirió abandonar su cátedra de Atenas á ser exceptuado del edicto que prohibía á los cristianos la enseñanza.

Juliano prelude las persecuciones que meditaba con una especie de apología del paganismo; porque pintando la inocencia de sus dioses, y condenando al Dios á quien había abandonado, justificaba indirectamente su apostasía. En medio de los cuidados que exigía de su parte el imperio, tuvo tiempo para dictar la obra de que San Cirilo nos ha conservado una parte en la refutación que de ella hizo.

Juliano se remonta al tiempo de Moisés; compara su sistema de la creación del mundo al de Platon, y da la preferencia al postrero.

Dios, despues de haber hecho al hombre, dijo: «no es conveniente que el hombre viva solo;» y crió á la mujer que perdió al hombre.

¿Qué pensaremos de la serpiente que habló? ¿En qué lengua hablaba? ¿Y cómo despues de haber visto esta podremos burlarnos de las fábulas populares de la Grecia?

Dios prohibió á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal; vedóles que tocasen el árbol de la vida, temiendo que lograsen vivir siempre: blasfemia es esta contra Dios, ó alegoría. ¿Entonces por qué hemos de desechar los mitos de los filósofos?

Dios eligió por pueblo suyo á los hebreos: ¿y cómo un Dios justo pudo abandonar á todas las demás naciones? Entre los griegos el Dios criador es el rey y el padre comun de los hombres.

Juliano observa que existen pocas naciones en Occidente que sean propias para el estudio de la filosofía y de la geometría: mucho han cambiado los tiempos.

Quereis que creamos en la torre de Babel, y no quereis dar fe á los gigantes de Homero, que hacinaron tres montañas una sobre otra para escalar el cielo! El Decálogo no contiene sino preceptos vulgares: el Dios de los Hebreos es un dios zeloso que no sufre otro; y vosotros, ¡oh Galileos! dais á ese Dios un Hijo supuesto que nunca conoció.

¿Quién es ese Dios siempre irritado, que queriendo castigar á algunos hombres culpables hace parecer á cien mil inocentes? (61) Comparad el legislador de los Hebreos con los legisladores de Grecia y de Roma, con los grandes hombres de Egipto y de Babilonia.

¿Quién es ese Jesús, corruptor de los mas viles Judíos, y á quien no se conoce sino de trescientos años á esta parte; este Jesús, que nada hizo en el trascurso de su vida sino curar á varios cojos y á algunos endemoniados? Esculapio es muy distinto salvador de la humanidad.

La inspiración divina enviada por los dioses, no tiene sino una época; y los oráculos famosos cesan con la revolución de los siglos.

Los Galileos no han tomado de los Hebreos sino su furor y su odio contra la especie humana: han renunciado al culto de un solo Dios para adorar á hombres miserables; y como la sanguijuela han chupado la sangre mas corrompida de los Judíos dejándoles las mas puras.

Jesús y Pablo no pudieron prever las quimeras que formarían algun dia los Galileos, ni adivinar el grado de poder á que lograrían encumbrarse estos andando el tiempo. Pablo y Jesús no tenían mas pretension que engañar á algunas criadas y esclavos ignorantes.

¿Pueden citarse en el reinado de Tiberio y de Claudio, cristianos distinguidos por su cuna ó por su mérito?

El agua del bautismo no quita la lepra ni el empeño, ni cura la gota ni la disentería; pero borra el adulterio, la rapiña, y limpia el alma de todos los vicios.

Si el Verbo es Dios, viniendo de Dios ¿cómo María, mujer mortal, ha dado á luz un Dios?

Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos osaron decir que Jesús fue un Dios; pero cuando en Italia y Grecia un gran número de personas le hubieron reconocido por tal, y principiaron á venerar los sepulcros de Pedro y de Pablo, entonces Juan declaró que el Verbo se había hecho carne y habitado entre nosotros. Sin embargo, cuando nombra á Dios y al Verbo, no nombra á Jesús ni á Cristo. Juan debe ser considerado como el origen de todos los males.

Siguen despues de esto algunas consideraciones sobre el sacrificio de Abraham.

Muchas cosas deben admirarnos en esta obra truncada de Juliano. Confésanse en ella los milagros de Jesucristo, reconócense los homenajes tributados á las tumbas de San Pedro y de San Pablo, y testifica el silencio de los oráculos, añadiendo que San Juan es el manantial de todos los males. Lo cual significa que anunció la doctrina del Verbo, y que no existe medio de sostener que esta doctrina establecida por el discípulo muy amado, se tomó dos siglos mas tarde de la escuela de Alejandría: por lo demás el ataque es flojo.

Juliano cierra los ojos para no ver los rasgos sublimes de los libros de Moisés, ni lo inefable del Evangelio, y sus ratiocinios realzan aun la gloria que pretende rebajar. ¿Cómo es que en el reinado de Claudio y de Tiberio, en el nacimiento mismo de la era cristiana, contaba apenas el Cristianismo por neófitos á algunos criados y esclavos, y que casi en seguida vió el apóstol Juan la Grecia y la Italia cubiertas de Cristianos, y venerando los sepulcros de Pedro y de Pablo? Juliano no conoce que con esta relacion suministra nuevo fuerza al milagro del establecimiento del Cristianismo. La causa humana de la propagación sorprendente de la fe, es que la primera de todas las verdades, la verdad que engendra todas las demás, la verdad de la unidad de Dios, había venido á destruir á la primera de todas las mentiras, á la mentira que engendra todos los errores, á la mentira de la pluralidad de los dioses. Una vez divulgada esta verdad entre la muchedumbre, despues de una ausencia de muchos miles de años, obró en los ánimos con su energía esencial y nativa.

Juliano, perseguidor de nueva especie, afectó sustituir al nombre del cristiano el de galileo, que habían

empleado ya Epicteto y algunos heresiarcas. Viendo que burla á la injusticia, despojaba de sus propiedades á los discípulos del Evangelio, diciendo: «Su ley admirable les prescribe que renuncien á los bienes de la tierra para llegar al reino de los cielos; y nosotros deseando facilitarles graciosamente el viaje, mandamos que se les alivie del peso de todos sus bienes.» Cuando los cristianos osaban quejarse, respondían: «La vocación de un cristiano ¿no es acaso padecer?»

Habíanse destruido muchos edificios paganos en el reinado de Constancio, y otros habían sido convertidos en iglesias: Juliano obligó al clero á restituir estos, y á reedificar aquellos, y siendo atacados los intereses adquiridos, produjeron desórdenes. Marcos, obispo de Aretusa, á la cabeza de su grey había derribado un templo; y como era harto pobre para poder restituir su valor, prendieron al prelado en virtud de la ley romana que entrega á los acreedores la persona del deudor insolvente. Despues de haberle azotado con varas y arrancado la barba, frotaron su cuerpo desnudo con miel, y colgando al anciano envuelto en una red, le expusieron á los rayos de un sol ardiente á la picadura de las moscas. Marcos había libertado á Juliano en su niñez de los furores de Constancio, como Joad había sustraído á Joas de las manos de Atalia; y vióse tratado del mismo modo que Joad por el príncipe, ingrato con el gran sacerdote é infiel á Dios que lo habían salvado.

Decidido á volver al templo y al bosque de Dafne su antigua pompa, mandó Juliano quitar las reliquias de San Babilas del cementerio cristiano; el pueblo se amotinó, y prendió fuego al templo de Apolo. El emperador irritado ordenó á su tío Juliano, Conde de Oriente y apóstata como el sobrino, que cerrase la catedral de Antioquia y confiscase sus rentas. El Conde puso entredicho á las demás iglesias, manció los vasos sagrados; y condenó á muerte á San Teodoro: Gaza, Ascalon, Cesárea, Heliópolis y la mayor parte de las ciudades de Siria se levantaron contra los cristianos, no por ardimiento religioso, sino por avaricia, odio y envidia. Despues de haber desenterrado á los muertos, asesinaron á los vivos y arrastraron por las calles los cadáveres despedazados: los cocineros horadaban las víctimas con asadores, las mujeres con sus ruecas; y las entrañas de los sacerdotes y de las reclusas fueron devoradas por aquellos antropófagos, ó arrojadas á los cerdos mezcladas con cebada. Varios adoradores de Jesucristo perecieron degollados sobre las aras de los dioses (62). Pero hay una cosa muy difícil de creer, no obstante el testimonio de dos santos y de dos hombres ilustres (63): que el fondo del Oronto, varios pozos, cuevas, zanjias y estanques se viesen cegados al decir de los autores referidos, por los cuerpos de los mártires decapitados durante la noche, ó por los de los recién-nacidos y de las vírgenes á quienes el emperador inmolaba en sus operaciones mágicas. Habíase acusado á los primeros cristianos de sacrificar niños: devolvíase entonces la calumnia á Juliano.

Teodoro refiere, que dirigiéndose Juliano á Persia, llegó á Carrhes donde tenia un templo Diana: encerróse en este templo con sus confidentes mas íntimos, y cuando salió mandó sellar las puertas, colocó en ellas una guardia, y prohibió que nadie penetrase en el interior del edificio hasta su vuelta, que nunca se verificó. — Volvieron pues á abrir el templo, ¿y qué encontraron? una mujer colgada de los cabellos, con las manos desplegadas y el vientre abierto. Juliano escudriñando el porvenir en el seno de la víctima, había llamado á la muerte que le aguardó allí con su guadaña (64).

El sincero fanatismo de este príncipe, y la familiaridad de los Romanos con el asesinato autorizado por el antiguo derecho paterno; el derecho de la esclavitud, el poder de la espada, y el del juez soberano ni

el jefe absoluto del imperio, hacen verosímil la narración de Teodoro; Ammiano, admirador de Juliano, le acusa de haber sido mas supersticioso que religioso. Augusto y Claudio habían prohibido los sacrificios humanos; pero en la legislación del despotismo, lo que se prohíbe al pueblo se consiente al tirano: el príncipe que crea el crimen, que hace la ley y la aplica, es superior al uno y á la otra.

Juliano meditaba contra los cristianos un plan de persecución digno de un sofista, y había aplazado su ejecución hasta su regreso de la guerra de los Persas, porque necesitaba un triunfo para cubrir la injusticia con la gloria. Exclusion de los Galileos de todos los destinos, prohibición de los tribunales, necesidad de ofrecer incienso á los ídolos para conservar el derecho de litigar, y hasta de comprar el pan (65): tal era el designio que el odio filosófico, la envidia literaria y el amor propio mortificado habían inspirado al apóstata. Es un rasgo característico de la historia del pueblo que nos ocupa esa privación de la justicia ordenada siempre como la pena mas terrible que puede imponerse á un ciudadano. La sociedad en esta nación de maestros estaba penetrada de la ley é incorporada á ella: los fastos del imperio eran una colección extensa de jurisprudencia, y el mundo romano un gran tribunal.

Juliano reinó veinte meses y diez y seis ó veinte y tres dias despues de la muerte de Constancio. Ensoberbecido con sus triunfos contra los Francos, envanecido con los embajadores que recibía de los pueblos mas remotos, como los de Trapobona; no quiso admitir la paz que le ofrecía Sapor. Este rey de los reyes, que se había adornado con la tiara hasta en la noche del seno maternal, este hermano del sol y de la luna (66), perseguía con encarnizamiento á los cristianos, tal vez por animosidad contra su hermano mayor, cuyo trono había usurpado, Hormidas el desterrado y el cristiano, y el número de las víctimas inmoladas en los Estados de Sapor se ha evaluado en doscientas noventa mil. El que quería destruir á los discípulos del Evangelio por medio de la ley, y el que los entregaba á la espada, iban á venir á las manos: la Providencia armaba al apóstata contra el perseguidor. Juliano se creía tan seguro de la victoria que rehusó la alianza de los Sarracenos; trató con altanería á Arsaces, rey de Armenia, cuya asistencia reclamaba sin embargo, aunque Arsaces profesaba el Cristianismo. Había reinado en Antioquia una hambre espantosa acrecentada por una medida falsa sobre los granos, y el acumulación de un ejército numeroso aumentó esta calamidad. Una fuerza invisible parecía impulsar á Juliano; y en una empresa militar de tan alta importancia no brillaban ni se daban á conocer sus acostumbrados talentos. Habíase desdeñado de atacar á los Godes, porque le lisonjeaba la idea de conquistar la Persia como Alejandro, y solo consiguió la gloria de morir en ella como Sócrates: esclavo siempre de sus recuerdos, sus acciones mas nobles no parecían mas que imitaciones elevadas. Enlazaba á esta esperada conquista grandes proyectos sobre el imperio, y principalmente contra la cruz: el hombre, en sus insensatos proyectos olvida contar la hora que no ha de oír sonar. Juliano penetró en el país enemigo, y cual si temiese que su filosofía hiciera sospechoso su arrojo, se exponía á los peligros sin miramiento. Dejose engañar por algunos tráfugas, incendió su flota en el Tigris, y dudó acerca del camino que debía tomar, porque quería ver la llanura de Arbela: no tardó en verse salido de víveres, hostigado por la caballería Persa, y obligado á emprender la retirada. Próximo ya á sucumbir con su ejército, consagraba todavía al estudio y á la contemplación las horas mas silenciosas de la noche. Hallándose en una de estas horas solitarias leyendo ó escribiendo en su tienda, se le apareció el genio del imperio, á quien había visto ya en Lutecia, antes de

que le saludasen Augusto: estaba pálido, desfigurado, y se alejó tristemente cubriendo con un velo su cabeza y el cuerno de la abundancia (67). Juliano se levantó apresurándose á ofrecer una libación á los dioses: descubrió una estrella que atravesó el cielo y se desvaneció (68); el piadoso adorador del Olimpo creyó reconocer en aquel meteoro el astro amenazador del Dios Marte. Al día siguiente, cuando peleaba sin coraza á la cabeza de sus soldados, le rozó el brazo una jabalina atravesándole el costado derecho y penetrando en la parte inferior del hígado; cayó del caballo, desfalleció y cuando volvió á abrir los ojos juzgó, no obstante los cuidados del hábil Oribases, que su herida era mortal.

Un general noble en el campo de batalla espira sobre banderas, noble lecho que el honor concede con frecuencia á sus fieles amigos. Aquí se presenta un espectáculo sin ejemplo: Juliano tendido sobre una estera cubierta con una piel, su lecho ordinario, aparece rodeado de soldados y de sofistas; su muerte es la de un héroe; sus palabras las de un sabio. «Amigos, dijo, llegó el tiempo de dejar la vida: deudor de buena fe, devuelvo alegremente á la naturaleza lo que me pide. Todas las máximas de los filósofos me han enseñado que el alma es de una sustancia mas afortunada que el cuerpo. Sé también que los inmortales envían con frecuencia la muerte á los que los reverencian con la mayor recompensa. Los dolores insultan á los cobardes y ceden á los valerosos. Confío haber conservado sin mancha el poder que recibí del cielo, y que fluye de él por emanación, y doy gracias al Dios Eterno que me arrebató del mundo en medio de una gloriosa carrera. El que desea la muerte antes de que suene su hora, ó el que la tome cuando es oportuna, carecen igualmente de valor...

«Ya no tengo aliento para hablar. Me abstengo de nombrar emperador por miedo de equivocar el mas digno, ó de exponer al que juzgase mas capaz, sino se aprobaba mi elección: como hijo tierno y como hombre de bien, deseo que la república encuentre despues de mi muerte un jefe íntegro (69).»

Habiendo hablado así con voz tranquila, dispuso de sus bienes de familia en favor de sus amigos íntimos, y preguntó por Anatolio, maestro de ceremonias. El prefecto Salustio respondió que Anatolio era feliz (70). Juliano adivinó que habia sido muerto, y deploró la muerte de un amigo, él que miraba la suya con tanta indiferencia. Los que le rodeaban derramaban lágrimas, y Juliano los reprendió diciendo que no convenia llorar por una alma próxima á reunirse con el cielo, y con los astros. Guardaron silencio, y continuó discurrendo sobre la excelencia del alma con los filósofos Máximo y Prisco. Volvióse á abrir su herida, pidió agua fria, y espiró sin esfuerzos en mitad de la noche (71). No contaba mas que treinta y tres años, y habia sido veinte cristiano (72).

Si es verdad, como han querido persuadir y como el carácter del hombre en general lo hace sospechar, que Juliano calculando los sucesos de su vida habia preparado de antemano su discurso de muerte, jamás se ha representado con tanta perfección un gran papel, pues el actor se elevaba á la altura del personaje que fingia. Las dos religiones compitieron en inventar prodigios en las versiones opuestas de los últimos momentos del emperador. Teodoro y Sozomeno, el compilador de las actas del martirio de San Teodoro, sacerdote de Antioquia, dicen que herido Juliano, recibió su sangre en sus manos, y arrojándola hácia el cielo, gritó: «¡Has vencido, galileo!» (73) Otros pretenden que queria precipitarse en el rio con el objeto de desaparecer como Rómulo, y pasar por un dios. Léese en las actas de Teodoro que no fueron los Persas sino los ángeles en figura de Persas los que pelearon contra Juliano (74).

El modo como pereció fue también objeto de con-

roversia: los Romanos aseguraban que la jabalina habia sido lanzada por un persa, y los Persas que por un romano. Libanio llega al extremo de decir en una de sus obras que el emperador fue muerto á traición como Aquiles (75); y en otro paraje parece acusar al jefe de los cristianos, que segun Gibbon, no podia ser sino San Atanasio (76). La vida de San Basilio y la crónica de Alejandria contienen la historia de una vision de este santo, de la que resulta que Mercurio, mártir de Capadocia, habia herido á Juliano por órden de Jesucristo (77). Didimo, ciego célebre y Juliano Sabbas, famoso solitario, tuvieron revelaciones de la misma naturaleza. Didimo vió en sueños á unos guerreros montados en caballos blancos corriendo por el aire, y gritando: «Decid á Didimo que hoy, y en este mismo instante ha sido muerto Juliano.» (78). Sabbas oyó una voz que decia: «El jabalí salvaje que destruí la viña del Señor ha sido muerto.» (79) Preguntando Libanio á un cristiano de Antioquia: «¿qué hace hoy el hijo del carpintero?—Un féretro, respondió el cristiano.» (80).

Dúdase sobre la mayor parte de estos hechos y en realidad son muy dudosos; pero no tanto se trata respecto de aquella época de la crítica histórica como de la pintura del movimiento de los ánimos.

Consternáronse los paganos al saber el fin prematuro del restaurador de la idolatría. «Recuerdo, dice San Jerónimo, que siendo aun niño y estudiando gramática, en los momentos en que las ciudades humeaban con el fuego de los sacrificios, divulgóse súbitamente la noticia en la muerte de Juliano. Un filósofo exclamó: «¡Dicen los cristianos que su dios es sufrido, y nada es tan rápido como los efectos de su cólera!» (81).

Gregorio Nazianceno principia y termina sus invectivas contra Juliano por una especie de himno en que respira una alegría tan feroz como elocuente.

«¡Pueblos, escuchad! ¡prestadme atención cuantos habitais el universo! lanzo desde este sitio, cual desde la cúspide de una montaña un grito inmenso. ¡Escuchad, naciones, escuchad vosotros los que vivís al presente, y los que existiereis mañana! Angeles, potencias, virtudes, escuchad! La destrucción del tirano es obra vuestra. El dragon, el apóstata, el grande y temible genio, el enemigo del género humano que esparcía por do quiera, el terror, que vomitaba blasfemias contra el cielo, aquel que tenia el corazón mas manchado que impura la boca, ha caído! ¡Cielos y tierra, prestad oído al estrépito de la caída del perseguidor!

«¡Venid también, atletas generosos, defensores de la verdad, que fuisteis dados en espectáculo á Dios y á los hombres! acercaos, los que fuisteis despojados de vuestros bienes; corred los que injustamente expulsados de vuestra patria terrestre, fuisteis arrancados de los brazos de vuestras esposas, de vuestros hijos: en fin, convoco á estos regocijos á cuantos confiesan un solo Dios, Soberano Señor de todas las cosas. Dios es el que ha pronunciado un juicio tan brillante, el que ha ejecutado tan pronta venganza; el Señor es el que ha derribado la cabeza del impío. En los santos trasportes que me animan no existen palabras que correspondan á la grandeza del beneficio. Algun día veremos como el suplicio de Juliano condenado, es superior á cuantos tormentos puede figurarse el entendimiento humano. ¡Oh mortal que te llamabas el mas prudente y el mas sabio de los hombres, escucha la oración fúnebre, que Gregorio y Basilio pronuncian sobre tu féretro! Oh tú, que nos habias impedido el uso de la palabra, ¿cómo has caído en el silencio eterno?» (82).

Si Antioquia se regocijó con festines y con danzas; si la victoria de la cruz fue no solo celebrada en las iglesias, sino también en los teatros; si resonaron los gritos de «¿dónde están vuestros oráculos, insensato «Máximo?» (83) en Carrhes apedrearon (14) el correo portador del funesto mensajé, y varias ciudades colo-

caron la imagen de Juliano entre las estatuas de los dioses, y le tributaron honores divinos. (85.)

Libanio intentó traspasarse con la espada (86), y solo le resignó á vivir para trabajar en la apología de un príncipe, de quien Gregorio Nazianceno debia escribir la sátira: sobre una tumba es mas propia la alabanza de la crítica. Los estímulos del fanatismo son tales que un santo, un padre de la Iglesia, un hombre superior por sus talentos, no ha temido sentar que Juliano habia hecho envenenar á Constancio.

El cuerpo de Juliano, trasladado á Tarso, fue enterrado enfrente del monumento de Maximino—Daia: el camino que conduce á los desfiladeros del monte Tauro, separaba los sepulcros de los últimos perseguidores de los cristianos (87).

Los funerales se efectuaron segun el rito del paganismo: los bufones cantaban aires fúnebres; un personaje representaba la muerte, y los farsantes se complacian en medio de sus danzas y de sus lamentos, en burlarse de la derrota y de la apostasía del enemigo de los teatros (88).

El cristiano Gregorio Nazianceno compadece á la ciudad de Tarso, condenada á guardar el polvo del adorador de los demonios; polvo que se agitaba, y que la tierra rechazó (89). El filósofo Libanio habria deseado saludar los despojos mortales de Juliano al lado de los del divino Platon, en los jardines de la Academia (90).

El soldado Ammiano.—Marcelino deseaba que las cenizas de su general fuesen bañadas no por el Cidno, sino por el Tiber, que atraviesa la ciudad eterna, y abraza los monumentos de los antiguos césares (91). Sin embargo, la tumba de Juliano en las Márgenes del Cidno, tan célebre por la frescura de sus ondas, se convirtió en una especie de templo, y una mano amiga grabó en ella este epitafio: Aquí descansa Juliano, muerto mas allá de Tigris. Emperador excelente y veleroso guerrero (92). Véase reducido á su vez el politeísmo á las reliquias, y á llorar en sus santuarios abandonados.

Juliano, al desdeñar el fausto de la corte de Constancio, y recibir de un ejército amotinado el título de Augusto, habia devuelto momentáneamente el derecho de elección únicamente á los soldados: reuniéronse despues de su muerte ansiosos de darse un jefe, y ofrecieron la púrpura al prefecto Salustio, que no admitió este honor. Hemos podido observar ya que principiaba á rehucarse con harta frecuencia la autoridad suprema: hasta el reinado de Cómodo el imperio era la posesión de todos los placeres en el descaenso; pero, desde aquel reinado, el César no fue ya sino un soldado, que corria con las armas en la mano desde el Rhin al Eufrates, y desde el Nilo al Danubio combatiendo ó rechazando al enemigo domestico ó extranjero. El poder al dejar de ser un goce, se convirtió en una carga: la medianía se hallaba siempre pronta á colocarla sobre sus hombros, y el mérito á sacudirla.

En defecto de Salustio, las legiones eligieron emperador á Joviano, primiciero de las guardias, cuyo nombre habian pronunciado por acaso. Era cristiano, y católico como Valentiniano, y habia preferido á semejanza suya la fe á la espada; pero Juliano, que no le temia, consintió en dejarle la una y la otra. Joviano habia sido el encargado de conducir á Constantinopla el cuerpo de Constancio muerto en Mopzucrena: sentado en el carro fúnebre habia participado de los honores imperiales tributados á las cenizas de su señor: auguraron de esto su grandeza futura, y los adivinos hubieran podido leer igualmente el presagio de su segundo y próximo viaje en el mismo carro.

Joviano firmó una paz de veinte y nueve ó treinta años, y estipuló un tratado vergonzoso con Sapor: ce-

* JOVIANO, emper. DAMASO I, papa. De J. C. 364.

dió á los Persas cinco provincias situadas mas allá de Tigris (93), la colonia romana de Singara y la ciudad de Nisibe, no obstante sus lágrimas, y sin tener en cuenta su último sitio descrito con tanta elocuencia por Juliano en uno de sus dos panegíricos de Constancio. Obligados á entregar á Sapor las murallas que con indecible arrojo habian defendido en contra suya con Santiago su obispo, los Nizibianos, desterrados de sus hogares, despojados de sus bienes, ofrecieron todavía al autor de su destierro la corona de oro que acostumbraba presentar cada ciudad á los nuevos emperadores: ejemplo admirable de una fidelidad que no se creía emancipada de sus deberes por la ingratitud (94).

* Joviano restituyó la paz á la Iglesia, y llamó á San Atanasio.

Así se desvanecieron todos los proyectos de Juliano, que arrostró la empresa de abatir la cruz, y fue el último emperador pagano.

El helenismo volvió á caer con todo el peso de la edad en el polvo, de donde le habia levantado apenas una mano mal guiada. Los filósofos se afeitaron, arrojaron lejos de sí sus vestiduras, y se contentaron con enseñar secretamente sus doctrinas, ó con lamentarse de las generaciones que sacudían su yugo: y era tanto el temor de ser tomados por filósofos, que los ciudadanos que llevaban mantos con franja se la quitaban.

Juliano habia corrido á la conquista de los Persas con el objeto de volver á domar á los cristianos; y esta guerra, que debia derrocar el trono del gran rey, produjo el primer desmembramiento del imperio de los Césares.

Ha sido preciso recordar minuciosamente esta última prueba de la Iglesia, porque forma época y se distingue de las demas: participa de una civilización mas adelantada, y presenta cierto aire de familia con la impiedad literaria é irónica, que difundía un talento original en el siglo xviii. Pero la impiedad del emperador, que podia ordenar el suplicio, no dejó á los cristianos sino coronas; y la impiedad del poeta, que carecía del poder de la espada, les legó cadalsos.

La persecucion de Juliano no tuvo su origen en el paganismo popular, sino en el paganismo filosófico que habia quedado aislado en el campo de batalla, teniendo á su cabeza un cínico con manto de púrpura, que llevaba el mundo viejo en su cabeza y el imperio en sus alforjas. Pero en la liza donde ambos partidos procuraban arrebatarse campeones, los hombres de talento pasaron sucesivamente con su genio y sus virtudes al lado del Cristianismo, cual los soldados que desiertan con armas y bagaje al enemigo; mientras que el opuesto campo no recibia un solo refuerzo.

Constantino era un príncipe inferior á Juliano, y sin embargo ha enlazado su nombre á una de las revoluciones mas memorables del órden social; y es porque haciendo abstracción de la fuerza sobrenatural que pudo obrar en el establecimiento de la religion cristiana, se puso al frente de las ideas de su tiempo, marchó en el sentido en que lo hacia la especie humana, y se engrandeció con las costumbres que crecian y que le impulsaban.

Juliano, por el contrario, se vió atropellado por las generaciones que pretendia detener, las cuales le derribaron al suelo á pesar de su fuerza, y pasaron por encima de su pecho. Y aun cuando hubiese vivido, hubiera retrasado, no contenido el movimiento: el desnudo calvario por donde el entendimiento humano iba á buscar la verdad de Dios, debia dominar todos los templos. Los afanes inútiles que empleó una vasta inteligencia, un monarca absoluto, un guerrero te-

* JOVIANO, emper. DAMASO I, papa. A. de J. C. 361.

mible para restablecer el culto antiguo, prueban que es tan imposible resucitar los siglos como los muertos Ciento cincuenta años antes había inaugurado también Plinio el joven que se podía estirpar el Cristianismo. La tentativa retrógrada de Juliano, acontecimiento único en la historia antigua (95), tiene tantos ejemplos en la historia moderna: cuántas veces los que navegan agua arriba han intentado hacer retroceder la corriente del tiempo, otras tantas, sumergidos luego, no han logrado más que acelerar su naufragio.

Joviano volvió del desierto, con soldados desnudos, que tenían que mendigar su pan: el legionario que había conservado un pedazo de su pica ó de su escudo, ó que ostentaba colgando sobre la espada uno de sus borceguíes, ensalzaba su arrojo: si hubiera acontecido á los Persas si Juliano hubiera vivido, según dice Libanio. El fin de la retirada del ejército, marcó el término de la vida de Joviano: su esposa le había salido al encuentro para participar de la púrpura, y halló su acompañamiento fúnebre. Los oficiales civiles y militares, los eunucos y el ejército intentaron colocar la diadema en la frente de Salustio que la rehusó segunda vez. La elección, después de las proposiciones de distintos candidatos, se fijó en Valentiniano, confesor de la fe en el reinado de Juliano: no había estudiado, pero poseía una elocuencia natural. Treinta días después de su elevación, asoció al imperio á su hermano Valente; nombre fatal que recuerda la última y definitiva invasión de los Bárbaros.

Entonces se verificó; y para siempre, la división del imperio de Oriente y del imperio de Occidente. Valentiniano estableció su corte en Milan, y Valente en Constantinopla. Los dos hermanos se ausentaron del castillo de Mediana, que dista tres millas de Naisa, donde se había verificado la partición del imperio romano: encamináronse juntos á Sirmio, donde se abrazaron, se separaron, y no volvieron á verse nunca (96).

ESTUDIO TERCERO.

PRIMERA PARTE.

DESDE VALENTINIANO I Y VALENTE, HASTA GRACIANO Y TEODOSIO I.

PARA evitar la confusión de los objetos, será preferible ver por separado lo que ocurría en los imperios de Oriente y de Occidente, sin perder de vista, no obstante, su enlace, y lo que había de común en los sucesos, costumbres y leyes de las dos grandes divisiones del mundo romano.

El Occidente, que le había tocado en suerte á Valentiniano*, comprendía la Iliria, la Italia, las Galias, la Gran-Bretaña, la España y el Africa: el Oriente, confiado á Valente, abrazaba el Asia, el Egipto, la Tracia y la Grecia.

La resistencia particular de Valentiniano era en Milan, y la de Valente Constantinopla; pero ambos emperadores se trasladaban al sitio que reclamaba su presencia.

En Occidente tuvo Valentiniano que pelear contra los Alemanes que se arrojaron sobre la Galia y fortificó de nuevo la línea del Rin. Aparecieron los Borgoñones salidos de los Vándalos que habitaban las márgenes del Elba: daban á su rey el hombre genérico de Hendinos, y á su gran sacerdote el de Sinisto (1). Los Borgoñones, enemigos de los Alemanes,

* Valentiniano, Valente emperadores, Félix, Dámaso, papas, De J. C. 364-367.

formaron alianza con Valentiniano, y se comprometieron á suministrarle un ejército de ochenta mil hombres.

Los Sajones y los Francos volvieron á presentarse en las costas de la Galia y de la Gran-Bretaña, y los Pictos y los Escotos asolaron esta última provincia. Teodosio, general de Valentiniano, los rechazó hasta el fondo de la Caledonia.

Los pueblos de la Getulia, la Numidia y la Mauritania, asolaron el Africa; Envióse á Teodosio para repelerlos y castigar la avaricia de Romanus, comandante militar de aquella provincia y logró buen éxito en la primera parte de su misión.

Valente y Valentiniano persiguieron con todo el rigor de las leyes romanas á sus súbditos acusados de magia; numerosas fueron las víctimas en Roma y en Antioquia. Máximo, tan famoso en el reinado de Juliano, y otros filósofos sucumbieron: Yámblico se envenenó, y Libanio pudo apenas librarse de la acusación (2).

Valente era tirano por debilidad, Valentiniano por cólera. Dos osas (cuyo nombre declara la historia, Inofensiva y Lentejuela dorada), tenían sus jaulas al lado del dormitorio de Valentiniano, y las alimentaba con carne humana.—Inofensiva logró en premio de su mérito el volver á sus bosques (3).

El emperador de Occidente deslustraba sus grandes cualidades con su temperamento cruel, y condenaba al fuego por las menores faltas. Milan tuvo sus víctimas, que recibieron por la injusticia de la sentencia el nombre de inocentes: todo deudor insolvente sufría la pena de muerte: y si un reo recusaba un juez, enviábanle por lo mismo al tribunal de este (4).

Nos sorprende la arbitrariedad de los suplicios que manchan los anales de Roma: parecía haberse abandonado al capricho de los Magistrados y de los particulares el género de penas que debían aplicarse; las leyes criminales de los Romanos eran muy inferiores á las leyes civiles. No fijamos bastante la atención en las mejoras evidentes, introducidas en las leyes por la mansedumbre de Cristo. Como estamos acostumbrados á leer hechos atroces, cuando vemos á los hombres despedazados con garfos, expuestos desnudos y frotada con miel la picadura de las moscas, atormentados á semejanza de los prisioneros de guerra de los Iroqueses por orden de un juez, ó por la venganza de un simple acreedor, no inquirimos cómo acontecía esto en las naciones civilizadas del mundo antiguo, y por qué no sucede en las naciones civilizadas del mundo moderno. El progreso tan lento de la sociedad no alcanza á explicar estas variaciones; necesario es conocer una causa mas pronta, mas eficaz, mas general, y esta causa es el espíritu del Cristianismo.

La sangre de los emperadores paganos se descubre de nuevo en las crueldades de Valentiniano; y el carácter de los emperadores cristianos, en las leyes que mandan que los médicos asistan á los pobres, y que prohiben la exposición de los niños (5). ¡Honor á la benignidad evangélica, á la cual se debe la abolición de una costumbre que autorizaban las legislaciones mas famosas de la antigüedad!

Entre las leyes de Valente y de Valentiniano debe señalarse también el establecimiento de las escuelas, modelos de nuestras universidades: la educación pública espiró con la libertad pública, y los colegios modernos tuvieron su origen remoto en los siglos de esclavitud y decadencia del imperio romano.

Valentiniano dió á las ciudades defensores ociosos (6), especie de magistrados elegidos por el pueblo (7), de donde provino que las iglesias convertidas en una especie de municipios, tuvieron á su vez defensores que se transformaron en campeones en la edad media. La libertad política se había convertido en privilegios de vecindad: vemos por todas partes á

los emperadores dirigiendo cartas y rescriptos á las municipalidades de las diferentes provincias de Europa, Africa y Asia.

Siguiendo la serie de las instituciones con el código en la mano, observamos con una admiración que participa de agradecimiento, que el trabajo de los príncipes cristianos tiende principalmente á atenuar las condenas criminales y á reformar las costumbres: los hijos de los ajusticiados recobran los bienes paternos: mejórase la suerte de los pobres y de los esclavos por medio de reglamentos: multiplicanse asimismo los casos de libertad y castiganse los vicios abominables cantados por los poetas, y protegidos por los magistrados. En una palabra, en la colección de las leyes romanas debe buscarse la verdadera historia del Cristianismo, mucho mas que en los fastos del imperio.

Valentiniano concedió el libre ejercicio del culto á sus súbditos, y no se inclinó á partido alguno en las contiendas religiosas (8): creyóse tanto mas autorizado á ejercer esta tolerancia, cuanto mas independientemente se había mostrado cristiano, en el reinado de Juliano. Sin embargo, prohibió á los paganos los sacrificios, y las asambleas á los Maniqueos y Donatistas. Puso también límites al acrecentamiento de las riquezas de la iglesia y á la multiplicación de las órdenes monásticas; vedó al clero admitir en la clereatura á los propietarios del pueblo y á los decuriones de las ciudades, á menos que estos abandonasen sus bienes á la municipalidad de que eran miembros, ó á algunos de sus parientes (9). También se prohibió al clero aceptar legados testamentarios. Ya el poder y la fortuna habían producido la corrupción, y Dámaso disputó la sede de Roma á Urino, viniendo á las manos (10): halláronse por la mañana ciento treinta y siete muertos en la basílica de Siciño, que hoy se llama Santa María la Mayor.

Valentino había tenido de su primera mujer Severa un hijo llamado Graciano, al que elevó en Amiens el 24 de agosto del año 367 al rango de Augusto, sin crearle primero César, según era costumbre. Se ha inquirido la causa de semejante innovación, y es evidente: su padre poseía á la sazón dos imperios, y Graciano, de edad de ocho años, no era ya un César ó un general nombrado para defender una parte del Estado, sino un heredero que había de suceder en la soberanía á Valentiniano.

Este emperador repudió á Severa, y se casó con Justina, siciliana de origen, la cual, según dice Zósimo, estuvo casada primero con el tirano Maguencio. Justina era arriana, mas no declaró su herejía hasta después de la muerte de Valentiniano. Dió al emperador un hijo que se llamó Valentiniano II, y tres hijas, Justa, Grata y Gala; esta última fue la segunda esposa de Teodosio el Grande.

Los Guados y los Sármatas, justamente irritados con la traición de los Romanos, que después de haber atraído á su rey Gabino á una entrevista, le habían asesinado, asolaban la Iliria. Valentiniano corrió al frente de las fuerzas de la Galia, y murió repentinamente en Bergocion (11) de un acceso de cólera, en una audiencia que daba á los diputados de los Cuados suplicantes.

Mallobaudo ó Mellobaudes, jefe de una tribu de Francos, había obtenido en el reinado de Valentiniano, y se había distinguido por sus proezas militares; á la muerte del emperador acometió con Equicio, conde de Iliria, la empresa de hacer prevalecer los derechos de Valentiniano, hijo de Justina, sobre los de Graciano, hijo de Severa. Proclamaron en efecto emperador á Valentiniano II; pero su hermano Graciano* que ya era Augusto, en vez de ofenderse reconoció la elección. Tocó en suerte á Va-

* VALENTE, GRACIANO, EMPER. DAMASO, PAPA. DE J. C. 379-378.

lentiniano la Italia, la Iliria y el Africa: Graciano guardó para sí las Galias, la España y la Inglaterra, ó quizás no se verificó una partición verdadera. Lo que hay de cierto es que Graciano gobernó solo el Occidente hasta su muerte, porque Valentiniano era todavía niño y no había salido de la tutela de su madre.

Valente no aprobaba estos arreglos pacíficos entre sus sobrinos; pero los movimientos de los Godos detuvieron su intervencion en negocios de menor importancia.

Puesto en posesión del imperio de Oriente por Valentiniano I, Valente había tenido que sufrir grandes pruebas desde los primeros días de su reinado. Procopio que mandaba el ejército de Mesopotamia, se vistió la púrpura en la misma Constantinopla por la autoridad de dos cohortes galas; y queriendo legitimar su usurpación, casó con Faustina, viuda del emperador Constancio, la cual tenía una hija de edad de cinco años, en la que miraban las legiones el último vástago de la raza de Constancio. La rebelión de Procopio duró poco; abandonáronle sus soldados á la voz de sus capitanes que guardaron su fe. Arrastraron á Procopio rendido al campo del emperador de Oriente, donde fue decapitado.

Valente sostuvo débilmente contra Sapor á los reyes de Armenia y de Iberia. Señálanse en esta guerra las aventuras de Para, rey de Armenia, monarca fugitivo como tantos otros, protegido primero por los Romanos, y degollado después por ellos en un banquete.

Los Godos, que habían permanecido fieles á la familia de Constantino, se declararon contra Valente en favor de Procopio, marido de la viuda de Constancio. Valente consiguió algunas ventajas sobre estos bárbaros, y la paz fue el resultado de tales triunfos, hasta que seis años después los Hunos precipitaron á los Godos contra el imperio. Valente profesaba la religion arriana, y persiguió á los católicos, á quienes daba el nombre de Atanasianos: era á la sazón su jefe San Basilio desde la muerte de San Atanasio. A este hombre grande, solitario y caritativo, se debe la fundación del primero de los monumentos levantados á las miserias humanas; monumentos que son la gloria eterna del Cristianismo. Los monges, casi todos católicos, se habían acrecentado por el espíritu y las desgracias de su tiempo. Valente los mandó arrebatar á mano armada; violentáronlos á alistarse en las legiones, y cuando se resistieron los asesinaron.

Llegamos al famoso acontecimiento que apresuró la caída del antiguo mundo.

Desde sus expediciones marítimas, los Godos, que se mantenían en paz con los Romanos, se habían multiplicado en los bosques, sujetando en torno suyo á las demás poblaciones bárbaras. Hermaurico, rey de los Ostrogodos, y de la noble estirpe de Amalis, se hizo conquistador á la edad de ochenta años; á los ciento y diez iba aun á los combates, y era el único contemporáneo de su gloria (12). Conquistó á los Herulos y á los Venedos, y su poder se extendía por los bosques y sobre las hordas que había en ellos, desde el Ponto-Euxino hasta el Báltico, por detrás de las tribus sajonas, alemanas, francas, borgoñonas y lombardas, mas inmediatas á las márgenes del Rin: el Danubio separaba el imperio salvaje de los Godos, del imperio civilizado de los Romanos. Los Visogodos, reunidos á los Ostrogodos, les habían cedido la preeminencia: sus jefes, entre los cuales se distinguían Atanarico, Fritigerno y Alavivo habían renunciado el nombre de reyes para descender ó ascender á la dignidad de jueces (13).

A este estado habían llegado las naciones góticas de las fronteras del imperio de Oriente, cuando de improviso se divulgó la voz de que una raza desconocida había atravesado la laguna Meótides. Anuncióse la presencia de los Hunos con un terremoto que con-